

“Sin mirar atrás”. Juan Luis Muñoz versión 10/10/15

Desde lo alto de la colina seguía sin ver luces o cualquier cosa que me ayudara a situarme. Solo me rodeaba la monotonía del paisaje de encinas y monte bajo que se iba fundiendo al negro con el ocaso. Todas las direcciones me parecían iguales.

Con el receptor GPS sin batería y el teléfono móvil muerto desde hacía un par de días, no sabía decir ni en qué provincia estaba. Maldecía y me insultaba por no haber recordado traer baterías de repuesto, por haber sido tan idiota de perderme siguiendo una ruta tan sencilla como la Vía de la Plata. Calculaba que el camino debía quedar hacia el noreste, pero tendría que esperar hasta el día siguiente para comprobarlo. No había manera de que me pusiera a pedalear a oscuras por aquél terreno.

Me resigné a pasar otra noche al raso, la tercera. Organicé mi modesto campamento al abrigo de unas rocas. Por lo menos agua no me faltaba, había llenado todos los recipientes en un arroyuelo que crucé por la mañana y tenía todavía unas cuantas pastillas potabilizadoras. El agua era buena, aunque un poco salobre. Me quedaba comida para un día o menos.

Sin mucho más que hacer me tumbé a tratar de disfrutar del espectáculo del cielo nocturno. No reconocí ninguna estrella o constelación. Nunca he sido de preocuparme por aprender de esas cosas, salvo lo que enseñan en los manuales básicos de orientación. Pero había tantas que ni siquiera pude encontrar la Osa Mayor, ni la Polar, perdida entre la miríada de estrellas que me rodeaba. Era como estar en otro mundo; no podía sentirme más idiota.

Dormía con una rama gruesa a mano por si se me acercaba alguna alimaña. No sé qué tipo de bichos habría por allí: jabalíes, serpientes, zorros, quizá incluso lobos. Tuve suerte de que no se me acercara ninguno, creo que del susto hubiera acabado corriendo por el monte a oscuras, partiéndome la crisma contra alguna roca. O tal vez sí se acercaron, pero estaba tan exhausto que dormí sin enterarme.

La mañana siguiente amaneció gris. Hice las revisiones rutinarias a la bicicleta y tomé un frugal desayuno. Tenía los músculos agarrotados. Estirarlos para devolverles un poco de vida me causó un dolor lacerante del que no se libraba ninguna parte del cuerpo. Me recreé en el dolor, buscando redención en él. Terminé dando patadas a las piedras y las zarzas del entorno. Me recriminaba mi ineptitud y el comportamiento tan idiota que me había llevado a esa situación. El hambre y el que no hubiera nadie más a quién gritar no contribuyeron a apaciguar mi temperamento.

Luego, pedaleando, me obligué a mantener pensamientos positivos. Según había aprendido en la televisión eso era fundamental en un escenario de supervivencia. Había que mantener el ánimo alto, pensar en la familia y los amigos que esperaban en casa y no dejarse llevar por la desesperación. Quizá porque a mí en casa solo me esperaba mi odioso trabajo y mis detestables compañeros el truco del pensamiento positivo me resultó bastante difícil.

Mis recuerdos iban en cambio al día en que me separé del grupo. Temía que los recuerdos no se fueran a ir nunca, que tuviera que vivir siempre con ellos. La culpa de todo la tuvo la francesa. Joder, ¿si no iba a querer nada para qué se pasó dos días tonteando conmigo? Bastante aguanté. Después vino la bronca, los llantos. Tuve que separarme del grupo para que no fuera a mayores. Santurriones imbéciles, ¿quién los necesitaba? Atajaría monte a través y saldría al camino por delante de ellos. Eso fue tres días atrás.

Entonces todavía confiaba en que los recuerdos se difuminarían con el tiempo y los kilómetros, pero en vez de eso se acabaron fundiendo con el temor a que el cielo empezara a descargar, el hambre y la fatiga. Aún así avanzaba a buen ritmo. A media tarde encontré un sendero que serpenteaba por una colina, y lo enfilé cuesta abajo. Cuando la luz del día empezaba a escasear, el sendero desembocó en un camino más ancho por el que al poco rato vi rodadas de moto, difusas en la tierra del camino.

El camino trepaba un pequeño collado. Desde allí divisé una carretera de tierra y gravilla que se dirigía hacia un pantano abajo en el valle, junto al que se adivinaba la silueta de las casas de un pueblo. Pero mucho más cerca, donde el camino por el que yo venía se unía a la carretera, había una granja. Pedaleé colina abajo en dirección a la finca, guiado por las luces de la casa. Creo que iba cantando de alegría.

La casa estaba unida a la carretera por un camino privado. Una valla metálica la rodeaba, delimitando también un terreno de un par de hectáreas. Junto al camino que unía la casa con la carretera había desparramadas por el suelo unas cuantas formas reconocibles como animales tumbados. El ruido que hizo la bicicleta al cruzar sobre la gravilla los despertó. Empezaron a ladrar con gran escándalo.

Me detuve en seco. Sin bajarme de la bicicleta conté unos seis o siete perrazos. Ladraban frenéticos y saltaban hacia mí, tensando las cadenas que los mantenían a unos metros de la valla. No me pareció suficiente defensa en caso de que los perros no estuvieran atados, podrían saltarla sin mucha dificultad.

Recuperado del susto inicial y confiando en las cadenas que sujetaban a los monstruos, di unas voces para avisar a la gente de la casa. A pesar del escándalo de ladridos y mis gritos nadie salió. La prudencia recomendaba huir de allí, pero la posibilidad de una comida caliente o un rato de carga del teléfono y una ducha me hicieron insistir. Al rato la puerta se abrió. Recortada contra la luz del interior vi la silueta de un hombre, delgado y no muy alto. Llevaba una escopeta de caza de doble cañón, la culata apoyada en el hombro derecho.

-¡Lárgate de aquí, os he dicho muchas veces que no vengáis a molestarme!

La voz sonaba nerviosa, titubeante.

-¡Oiga! Tranquilo, hombre. Solo soy un excursionista que se ha perdido, llevo dos días a la intemperie...

-¡Que te largues te digo, me cago en tu puta madre!

Escuché un chasquido cuando amartilló la escopeta. Dos de los perros, que hasta entonces habían estado callados e inmóviles, se levantaron y caminaron hacia mí. Eran dos mastines enormes y no estaban atados. Uno de ellos saltó sobre unos bidones metálicos y sin mayor dificultad se plantó en la carretera a un par de metros de mí. No ladraba.

Casi me caigo al dar la primera pedalada, pero en seguida puse algo de distancia con el perro. Miré hacia atrás. No me seguía, se limitaba a estar allí parado mirándome.

-¡Hijoputa! Le voy a poner una denuncia en cuanto encuentre a la guardia civil, ¡cabronazo!

No me quedé a comprobar si el tipo había escuchado mis insultos. Pedaleé cuesta abajo por la carretera de grava. A pesar de que no veía mucho, no frené ni una vez hasta que llegué a las primeras calles del pueblo. Luego me detuve. Mirando hacia atrás recuperé el aliento y eché un trago de agua.

Al disiparse la adrenalina el cansancio me dominó de nuevo. Solté una carcajada nerviosa. Después de tanto tiempo sin ver a nadie la primera persona con que me encuentro es el loco del pueblo, con perros, escopeta y todo. ¿Sería eso lo que me tocaba vivir a partir de ahora? Ya que no podía convivir con gente normal sin hacer el idiota tendría que juntarme con los parias sociales, aislarme, vivir siempre solo. Pero lo del viejo éste parecía de chiste. ¿Y las vallas del terreno? Serían para los lobos que habría por estas sierras, suerte tuve de no toparme yo con ninguna

manada. O a lo mejor hay ladrones por la zona, o los críos del pueblo juegan a tirarle piedras a la casa y tiene a los perros para espantarlos. Pero en cuanto encontrara a la Guardia Civil le iba a caer una buena denuncia, por ir encañonando a la gente y achuchando los perros.

Esas cosas me imaginaba yo entonces del pobre loco de la casa de campo.

Quizá le había asustado. Mi aspecto no debía ser muy tranquilizador después de tres días solo en el campo, sin contar la semana previa de ruta en la que la higiene no había sido mi mayor preocupación. Pero eso no era excusa para su comportamiento. En cualquier caso, me propuse mejorar mi apariencia y mis modales ante el siguiente encuentro con los locales.

Caminé hacia el interior del pueblo empujando la bicicleta. Había luces en algunas ventanas, pocas. Casi no había farolas iluminadas. Apenas habría una treintena de casas, más la iglesia cuya torre había visto en la distancia. Pero después de pasar varias noches solo a la intemperie aquello me parecía una capital.

El camino de grava por el que había bajado pedaleando se convertía en una calle mal asfaltada, que terminaba en una especie de plaza. A ambos lados había casas bajas, sin espacio entre ellas salvo cuando algún callejón las separaba. Estaban encaladas de blanco, pero desconchadas y sucias de moho o humedad. Unas cuantas tenían el techo de tejas derrumbado. Las puertas estaban todas cerradas, incluso en aquellas casas en las que se atisbaba luz en alguna ventana. Distinguí un par de modelos antiguos de todoterreno y un viejo turismo estacionados en la calle. No salió ningún perro a ladrarme o a husmear.

Esa parte del pueblo estaba más cerca del pantano. El viento me trajo olores de humedad y un tufo como de algas o pescado podrido. El olor era casi como el de un puerto de mar, no el que cabía esperar de un embalse artificial a cientos de kilómetros de la costa. Imaginé que mi reciente aventura a la intemperie había amplificado mis sentidos o que el cansancio y el hambre me hacían tener alucinaciones.

Me tranquilizó el familiar soniquete del telediario saliendo de una de las casas, más aún el ver el interior iluminado y la puerta abierta, con el letrero de una marca de cervezas colgando sobre ella. Sobre el desagradable olor a pescado podrido se detectaba otro olor más reconocible a grasa cocinada, migas con chorizo o algo así. Empecé a salivar, las tripas me rugieron.

En la calle, junto a la puerta del bar, había un par de niños jugando con una peonza sobre el asfalto. No les había visto antes cegado como estaba por la luz salvadora

del bar. También había otras figuras deambulantes, visibles a pesar de la oscuridad. La torre de la iglesia estaba al otro lado de la plaza. Si fuera creyente, no tendría más que entrar y confesar mis pecados para que mi conciencia quedara tranquila. Qué fácil sería. ¿Se borrarían también los malos recuerdos, las escenas que aparecen justo cuando vas a dormirte y te mantienen en vela toda la noche?

Al acercarme a la puerta del bar los dos niños, que me parecieron feísimos, se me quedaron mirando con grandes ojos saltones, sin decir nada. Apoyé la bicicleta y la mochila contra la pared y les dije a los chicos que me las cuidaran. Fingiendo una amplia sonrisa, como de haber conseguido algún premio, entré en el bar.

En una mesa, sentados frente al televisor que colgaba de una esquina, había un hombre y una mujer. Tres hombres más estaban en otra mesa, jugando a cartas. Otro hombre, con una desabrochada camisa de manga corta que era apenas capaz de contener una prominente barriga, estaba sentado en un taburete con un brazo apoyado en la barra. Con la otra mano sostenía un puro. Tras la barra una chica de unos treinta años que vestía un delantal miraba también la televisión.

Todos se volvieron hacia mí. Me costó mantener la sonrisa que había preparado mientras tragaba saliva. No esperaba un recibimiento efusivo pero la hostilidad que percibí en todos los gestos, tanto en los que hicieron como en los que dejaron de hacer, me hubieran hecho salir de allí corriendo si no fuera por el hambre y el cansancio.

El discurso que había preparado para justificar mi aspecto y dar más lástima que miedo fue recibido por los parroquianos con silencio e intercambio de miradas, sobre todo destinadas al tipo que estaba sentado en la barra. Éste dio una calada a su puro sin dejar de mirarme. En el silencio solo roto por la locutora del telediario, sentía el golpeteo del corazón en el pecho. Los músculos de las piernas se me tensaron, preparándome para salir corriendo si hiciera falta. Eran todos muy parecidos: ojos grandes, labios gruesos, cuerpos rechonchos. Una gota de mi sudor cayó al suelo.

-Anda, María, ponle algo de comer a este chico.

El barrigón de la barra se dirigió a la chica sin quitarme el ojo de encima. Exhalé un suspiro de alivio, le di las gracias y me senté con torpeza en un taburete frente a la barra. Los parroquianos volvieron a sus cosas.

A los pocos minutos tuve frente a mí un plato con filetes de lomo y patatas y una cerveza. Después de tantos días sin comer caliente aquella podría haber sido la comida más sabrosa de mi vida, pero no fue así. La sensación de estar de espaldas

a los demás, sintiendo sus miradas en mí, me atenazaba las tripas. ¿Porqué me miraban? ¿Acaso se me notaba tanto la culpa en la cara?

Comí la carne a grandes bocados, casi sin masticar. El sabor no era del todo agradable. El tufo a pescado podrido que había en el exterior parecía que se había colado dentro del bar. Pero en cualquier caso, era comida buena y caliente, y mi cuerpo la agradeció.

Satisfecho el apetito, los siguientes objetivos eran conseguir alojamiento y averiguar dónde estaba aquel pueblucho. Con diplomacia abordé al barrigón del puro con estas cuestiones. Una vez pasada la hostilidad inicial, el tipo se mostró bastante hablador.

Se llamaba Damián Expósito y era el alcalde de Posadas. El nombre completo del pueblo era Posadas del Fauces. El Fauces es el río que alimenta el embalse y también era el nombre del pueblo que quedó cubierto por él, allá en la década de 1950. El nombre viene de un par de fondas que había en un alto, por donde pasaba una carretera. Con la construcción del pantano el barrio de las posadas quedó al nivel del agua, y la mayor parte de la gente del pueblo se trasladó allí. Desafortunadamente no quedaba en funcionamiento ninguna de las posadas, ni había ningún hostel ni albergue en el pueblo. Dada mi situación, me podrían dejar hacer uso de una casa propiedad del ayuntamiento, que usaban cuando venían visitantes. No recibían muchas visitas. A veces venían ingenieros de la compañía eléctrica que explotaba la presa, o de la telefónica a ver si instalaban antenas para los móviles. A veces aparecían algunos excursionistas despistados o sacando fotos a las aves del entorno, pero no solían quedarse mucho. No era un sitio muy turístico. En el pueblo no había cuartel de la Guardia Civil, ni farmacia ni ningún puesto de la Cruz Roja, pero si necesitaba alguna medicina allí en el bar me la podrían proporcionar.

Agradecido por la inesperada hospitalidad y adormecido por el vaso de anís con hielo que me fue obsequiado, le conté al alcalde la mayor parte de los detalles de mi aventura, incluyendo el episodio con el loco de los perros. El alcalde confirmó que se trataba de un viejo excéntrico, pero que no era peligroso. Era mejor que me olvidara de él y no buscara ponerle una denuncia ni nada. Le conté también cuál había sido el camino que había seguido hasta llegar al pueblo. Me agradeció la información y me aseguró que tendrían que seguir el sendero y colocar alguna señalización o marcas para futuros excursionistas.

Al segundo vaso de anís fui también invitado. Mientras, mi teléfono móvil se cargaba tras la barra. Pude comprobar que no había cobertura debido, según el alcalde, a las dificultades del terreno. Antes llegaba el cable del teléfono y tenían un terminal

público aquí en el bar y también en algunas casas, pero hubo una avería y desde entonces no habían venido a repararlo.

Con la tripa llena, el cansancio acumulado y los vasos de anís, apenas podía mantener los ojos abiertos. Creo que di alguna cabezada sentado en el taburete. El alcalde se ofreció a acompañarme a la casa en la que podría quedarme esa noche, cortesía del ayuntamiento de Posadas. La bicicleta podía dejarla allí mismo en la puerta del bar, nadie se la iba a llevar.

Cargó mi mochila y caminamos unas decenas de metros, yo dando tumbos, hasta una casa de una sola planta. El alcalde abrió la puerta con una llave que seleccionó de un gran manajo y entramos. El sueño y el sopor del anís me estaban ganando cuando pasamos a un dormitorio con una cama grande y vieja, cubierta de almohadones. El olor a humedad de las paredes era muy intenso. Sentado en la cama me quité la ropa deportiva. El alcalde encendió la luz de un cuartito de baño anexo al dormitorio.

A punto de caer dormido le escuché decir que no había agua caliente, y que mejor me abría la ventana del dormitorio, que daba al pantano, que así se ventilaría el cuarto y estaría más fresco. Farfullé unas palabras de agradecimiento mientras el sueño me invadía en oleadas, apenas consciente de cómo el alcalde apagaba las luces y salía de la casa.

Debían haber pasado unas pocas horas cuando me desperté. No sé si fue el alcohol, que nunca he aguantado muy bien por las noches, o solo mi mala conciencia. Tal vez fue algún ancestral sentido de alerta lo que me arrancó de las brumas del sueño y me arrojó a la realidad de la habitación. Temblaba. Mientras cambiaba el sueño por la realidad, me sentí empequeñecido por el recuerdo de enormes edificios de piedra oscura que se transformaron en las paredes del dormitorio. Casi grité sobresaltado al ver la cortina movida por el viento, que en mi sueño era algo que se arrastraba desprendiendo un malsano hedor a pescado podrido que continuó cuando ya me había despertado por completo.

Me quedé tumbado, inmóvil, mientras los golpes en el pecho de mi corazón desbocado se hacían cada vez más espaciados hasta que llegaron a un ritmo más cercano a la normalidad que a la taquicardia. A pesar de estar despierto, el hedor que entraba por la ventana me unía a la pesadilla como un cordón umbilical, y aunque ya no recordaba los detalles, tenía muy presentes las angustiosas sensaciones y el temor del peligro inmediato, del castigo terrible que me esperaba por mis pecados.

Pero unos minutos después el sueño estaba casi olvidado. El cerebro racional tomó de nuevo el control, tornando en vergüenza e incredulidad el miedo de antes. Me levanté, las piernas un tanto anquilosadas por el cansancio. Fui a cerrar la ventana con los pies descalzos sobre las frías baldosas.

A día de hoy no puedo asegurar qué es lo que creí ver a través de esa ventana que daba al pantano. No sé si es que a los mozos del pueblo les gustaba bañarse por la noche (aunque no había escuchado ningún ruido o algarabía de jóvenes que estuvieran de juerga), o si es que el pantano era el hábitat de algún tipo de animal grande, como focas, o marmotas o qué sé yo. El caso es que en la superficie del agua había un montón de figuras nadando. Volví a sentir el miedo que me había invadido durante el sueño, la angustia del castigo inminente. Cerré la ventana. Me aseguré de que el oxidado pestillo quedara bien bloqueado y corrí las cortinas.

No sé porqué lo hice. Me había sentido de repente inseguro, desnudo, observado. No quería que me vieran, ni que supieran que estaba allí. Recorrí el resto de la casa buscando otras ventanas que cerrar, pero no había más que un pequeño ventanuco en el cuarto de baño. La puerta de la calle tenía un moderno cerrojo metálico de los que se pueden cerrar o abrir desde dentro sin llave. Estaba cerrado, pero eso no me dio ninguna seguridad. No encontré la llave por ningún sitio, así que imaginé que la tendría el siniestro alcalde que me había abierto la puerta.

Como digo, no tenía ningún motivo racional para estar asustado. A pesar de lo antipáticos y peculiares que eran los habitantes del pueblo no me habían hecho nada malo. Incluso me habían dejado utilizar esta casa, que aunque vieja y con olor a humedad tenía todas las comodidades que pudiera desear. Aún así, la misma sensación que me despertó me impedía relajarme y me mantenía alerta y con el corazón acelerado. La falta de sueño, el cansancio muscular y la copiosa cena tras unos días de ayuno forzoso nublaban mis percepciones y mi juicio, transmutando el pueblo ruinoso en un escenario de pesadilla donde todos conspiraban contra mí.

Ya despierto y sin visos de volver a dormirme, invertí el tiempo en hacer inventario de mis cosas. Hacía frío, así que me puse un pantalón y las zapatillas deportivas. Me di cuenta entonces que el móvil se había quedado enchufado en el bar. Irracional o no, esto me puso aún más nervioso. Aunque no hubiera cobertura en el pueblo y el móvil no me sirviera para nada, al menos era una conexión con mi vida normal, la anterior a ser tan idiota como para cagarla con una chica, perderme haciendo una ruta tan sencilla en bicicleta y acabar en un pueblo de mala muerte acojonado y avergonzado. Me desesperé y lancé el puño contra la pared de pura frustración, pero no llegué a golpear.

Escuché un chasquido metálico proveniente de la ventana del dormitorio. Me quedé paralizado, conteniendo la respiración y mirando hacia la ventana, que no se abrió. Traté de convencerme de que no era más que el viento, que era la falta de sueño lo que me hacía temer peligros inventados. Pero mis tripas encogidas por el miedo, el sudor que se congeló en mi espalda y la tensión en las piernas cargadas de adrenalina no hacían caso al cerebro racional.

Un par de golpes más del pestillo de la ventana estallaron en el silencio de la habitación, seguidos de unos movimientos más suaves y dirigidos. La cortina me impedía ver si había algo al otro lado, pero el miedo dibujó en mi cabeza una mano regordeta tratando de manipular el cierre desde fuera.

Siguieron unos segundos de silencio en los que creí adivinar voces susurrantes, extrañas, como un gorgoteo. Luego la ventana se abrió de repente y sentí el golpe físico del viento inundado de olores putrefactos. Entre la lluvia de cristales creí ver en el revuelo de la cortina la forma de un puño cerrado. Es cierto que no vi ninguna mano ni ningún brazo que la empujara, ni por supuesto ningún cuerpo deforme y terrorífico que lo impulsara. Aquella noche era más de sensaciones, de tripas retorcidas y miedos primitivos que de ver o escuchar monstruos reales.

Pero eso no quita que cuando salté y cerré la ventana con todo el peso de mi cuerpo atrapé algo que bien podría haber sido un brazo y escuché un grito que encajaba con la imagen mental que me había hecho de mi agresor.

Sin perder tiempo en averiguar nada más, en un gesto que denota lo precario de mis aptitudes mentales en aquel momento, alcancé la puerta de la entrada de dos saltos, descorrí el cerrojo y la abrí. Si aquello era un ataque planeado a la casa seguro que habría algún asaltante tras la puerta, pero no pensé en eso. Tampoco sé si los cuerpos con que choqué en mi carrera eran perros, niños o monstruos. Fuera lo que fueran mi alocada carrera les pilló por sorpresa y si su intención era detenerme, no lo consiguieron.

Salí corriendo a la oscura noche del pueblo. La tenue luz de una farola señalaba la calle principal y corrí hacia ella. No hice intento de localizar mi bicicleta, junto a la casa o junto al bar donde la había dejado, y quizá por eso no la vi, pero en aquél estado no había tiempo para filigranas mentales. En mi alocada alucinación o paranoia, lo que fuera aquel arrebató que me poseyó, se trataba solo de correr para salvar la vida.

Corrí por la calle sin notar el cansancio de las piernas o los dolores corporales. Entre el ruido de mis pisadas y mis jadeos, escuchaba también otras pisadas, muchas, cada vez más audibles al ir cambiando la calle de asfalto a gravilla. Parecía

que se iban aproximando pero no miré hacia atrás para comprobarlo, temía qué era lo que iba a descubrir, cuál era la naturaleza de mis perseguidores. Daba igual, solo quería huir, correr, alejarme de todo.

La calle terminó y se convirtió en la carretera por la que apenas unas horas antes había accedido al pueblo. La carretera se fue empujando cada vez más. Mi ritmo de carrera se volvió más lento, la respiración jadeante y alocada. Lo mismo le pasaba a mis perseguidores, escuchaba sus jadeos y los pasos me parecieron más espaciados y lejanos. Parecía que les estaba ganando terreno y que también estaban ellos sin resuello. Sus gritos sonaban ahogados e incomprensibles.

Al final de la cuesta se encendió una luz en la casa del loco de los perros. El recuerdo de los mastines y las otras bestias me hizo casi detenerme, pero el miedo a lo que venía detrás me impulsó a seguir corriendo. Mejor así, los perros eran algo conocido, sano y natural, si me mataban rápido no tendría que mirar hacia atrás, nunca más.

Aún así traté de esquivarles, echándome a un lado de la carretera para tratar de rodear la casa. El zigzag de la carrera me hizo tropezar con algo, quizá conmigo mismo, y caí rodando sobre el suelo de grava. La caída me dejó mirando hacia atrás. Creo que me golpeé también la cabeza, y eso explicaría lo que vi.

Había cinco o seis individuos persiguiéndome, siluetas bajas y rechonchas, con cabezas grandes y movimientos torpes. Algunos más que correr parecían saltar con las dos piernas juntas. Estaban como a una decena de metros. Me quedé clavado al suelo, vendido y derrotado, incapaz de levantarme y seguir corriendo.

La jauría de perros saltó por encima de mí. Se abalanzaron como sombras veloces y letales contra lo que me perseguía. La cacofonía del choque: gritos, aullidos, dentelladas, gemidos, el rasgar de la carne arrancada, hizo que por fin me levantara. Apenas vi la silueta del tipo de la escopeta cuando escuché las detonaciones. No me disparaba a mí.

El horror de la masacre que allí estaba sucediendo me dio de nuevo fuerzas para seguir corriendo, gritando, carretera arriba primero y luego campo a través, sin mirar hacia dónde, solo corriendo, gritando y corriendo, sin mirar atrás, nunca más mirar atrás.

No recuerdo mucho más de aquella noche. Me despertó el sol del amanecer en la cara. No había ni rastro de carretera, pueblo o casa. No escuchaba nada, ni ladridos de perros, ni gritos de granjeros chiflados con escopeta o gorgoteos de supuestos monstruos del pantano.

Seguí caminando sin seguir ningún rumbo consciente, aunque debí usar el sol para no andar en círculos o volver hacia atrás. Bebí agua de algún arroyo que seguí hasta dar con acequias de cultivo y por fin con unos agricultores trabajando con un tractor. Ahora me sorprende lo rápido que encontré civilización entonces, con lo que me había costado los días anteriores, cuando anduve perdido.

Después vinieron un par de semanas de recuperación en un hospital, gentileza del seguro de viaje. Nunca me dejaban solo, siempre tenía a mi lado médicos o enfermeros o a la pareja de la Guardia Civil, que me preguntaban lo mismo una y otra vez. Creo que no les parecí muy convincente ni creíble. Al final los médicos dictaminaron que había sufrido un shock, provocado por un choque de calor, la deshidratación y probablemente alguna mala intoxicación alimentaria, empeorado el cuadro por alergia a picaduras de insectos y por la extenuación física y mental. No puse ninguna denuncia (¿a quién iba a denunciar, a mi mismo?) y mi caso quedó archivado como accidente de excursionista imprudente y poco preparado.

Llegué a mi casa y a mi vida rutinaria. Busqué noticias en la red sobre aquella noche, pero no encontré nada. Sobre el pueblo y la comarca tampoco había mucha información. Apenas encontré alguna velada referencia, con el tinte de mofa que envuelve a las noticias sobre temas, digamos, ocultos, al asunto de unos naturalistas estudiosos de las aves perdidos en la zona siguiendo el rastro de algunas especies raras de albatros. Si algún día alguien enciende mi móvil, imagino que la policía recibirá alguna alerta al respecto, pero dudo mucho que eso pase.

Para mi, ahora, esta historia es algo que no tengo presente en el día a día. Paso semanas enteras sin tener ningún recuerdo, dedicado a mis cosas aburridas. Pero hay noches, como ésta, en las que duermo con la ventana abierta y me despierto sudoroso en medio de alguna pesadilla, todavía escuchando el salvaje romper de las olas contra un imaginario acantilado. En noches así me levanto tembloroso a cerrar la ventana de mi dormitorio, en el vigésimo piso de mi apartamento en París. Empiezo luego a escribir este relato, transcribiendo sin pensar los recuerdos que me vienen de aquella noche. Antes de romper las hojas manuscritas compruebo siempre que coincide con la declaración firmada que hice en su momento, cuya copia, en papel carbón con membrete de la Guardia Civil, guardo en un cajón de mi mesilla de noche. Y miro atrás, y recuerdo.